

La señora Bruchstaedt era una mujer sencilla y sin instrucción, que no entendía una palabra de esas galanterías románticas que constituyen una gran parte de la vida de las clases privilegiadas. En su vida seria y honrada, no habían existido nunca lo que ella denominaba «boberías», y juzgaba, por lo tanto, todas las historias de amor con el exagerado rigor de las mujeres virtuosas, y era implacable cuando se trataba de ciertos extravíos. Los únicos arrebatos de amor que la buena señora se explicaba eran los que tenían cabida perfecta dentro del matrimonio. En cuanto á los amores ilegítimos, no sólo le parecían monstruosos é inmorales, sino que los consideraba como uno de los más execrables crímenes; la buena señora no dejaba de enterarse si los criados y los soldados hacían el amor á las criadas, y si los obreros de las fábricas andaban rondando la puerta de la calle; pero estas cosas le parecía que eran causa de la depravación de las costumbres, y no le causaban tanta sorpresa; pero que las personas bien nacidas y bien educadas, que los caballeros y las señoras

hicieran las mismas cosas que los criados y las cocineras, era cosa que la buena señora ni se alcanzaba á explicar, ni hallaba modo de poderla comprender. Á cuantas personas, dentro de la buena sociedad, mantenían cierto género de relaciones ilícitas, la madre del profesor las consideraba como si tomaran parte en los bailes públicos ó se embriagaran con aguardiente en las tabernas.

Así que, al saber que su hijo Gustavo, su orgullo y su alegría, se deshonoraba con semejantes relaciones, más que profundo dolor sintió profunda humillación. Quién lo había enredado de modo semejante, esto fué lo que no tardó en adivinar, no obstante su inexperiencia en semejante asunto. Aquellas cartas de Berlín con aquel perfume desvergonzado; los telegramas, los gastos extraordinarios de Gustavo, su viaje, todo aquello le revelaba la existencia de una mujer, y de una mujer indigna. Si se hubiese tratado de una joven honrada con la que se propusiera casarse, Gustavo hubiera, á no dudarlo, en el espacio de dos meses, confesado la cosa á su madre. Estaba fuera de toda duda que la cosa había nacido en Magdeburgo. ¿Quién podría ser aquella vil persona, por la que su hijo, un sabio, un profesor, olvidaba su dignidad y su mismo amor filial? Esta idea la preocupaba incesantemente, y durante los dos días que duró la ausencia de su hijo, su pena tomó mayores proporciones; el pensar que aquello podía costar á Gustavo su reputación, su carrera, que

su porvenir estaba amenazado, llegó á preocuparla de tal modo, que no encontró otro consuelo sino abrir su corazón á la señora Baerwald. Aquella excelente amiga había estado también en Magdeburgo; además, vivía en Berlín y debía conocer á la persona en cuyas redes había sido cogido su Gustavo. La señora Baerwald podía ayudarla, liberar á su hijo, y, de cualquier modo, sacarla de aquella incertidumbre insoportable, que le resultaba mucho más terrible que la misma realidad. Escribió á la señora Baerwald, se lamentó, en su forma franca, que resultaba todavía más conmovedora, del cambio completo que se había efectuado en las costumbres de Gustavo desde el viaje á Magdeburgo; que no era para su madre el mismo de siempre; que se había vuelto pródigo, negligente para el desempeño de sus deberes; que en pleno semestre emprendía viajes inexplicables, y le contaba la historia de las cartas cotidianas de Berlín y de los telegramas; que sospechaba que una mujer trastornaba la cabeza de Gustavo y le suplicaba le dijera con toda franqueza si había podido, por casualidad, saber algo de esto en Magdeburgo ó en Berlín.

Hacia unos días que había llegado Gustavo de Colonia, cuando llegó la respuesta de la señora Baerwald.

Ésta comenzaba su carta afirmando que no le gustaban los chismorreos, pero que en atención á su buena amistad con la señora de Bruchstaedt y

su hijo, manifestaba á la madre que desgraciadamente su intranquilidad no era injustificada, pues veía con profundo sentimiento que el profesor estaba á punto de cometer una locura que podía ser causa de su perdición; que la madre ejercía todavía, afortunadamente, bastante influencia sobre el hijo, y todo hacía esperar que pudiera conseguir que Gustavo no realizara un acto que constituiría para él un verdadero suicidio. Que había, desgraciadamente por mediación de su esposo y de ella, hecho conocimiento con una intrigante que había ido á Magdeburgo con el exclusivo objeto de cazar un marido; que la tal señora estaba divorciada de su primer esposo, que tenía dos niñas y era casi de la misma edad del profesor; que gozaba de una reputación dudosa y que no tenía, seguramente, condiciones para hacer á ningún hombre feliz; que ignoraba hasta qué punto llegarían los lazos que pudieran unir al profesor con la tal señora, pues por más que ésta se jactara en decir que para la primavera se casaría Gustavo con ella, eso no podía creerse. Que por su parte había procurado hacer al profesor cuantas advertencias se había creído en el deber de hacerle respecto á la clase de persona que era la tal señora, y que no dudaba que los consejos de su madre le harían ver el abismo en que estaba á punto de precipitarse.

Al concluir la lectura de la carta, la señora Bruchstaedt sintió que se le oprimía el corazón. Cerró la puerta y se arrojó en el lecho sollozando

y retorciéndose las manos con desesperación; ¡a tal punto habían llegado las cosas! El edificio para el porvenir que había venido edificando, se hundía de un solo golpe, cual si hubiese sufrido la sacudida de un temblor de tierra. Ahora se lo explicaba todo. El viaje no había tenido otro objeto que firmar los esponsales. Desde el verano, había algo que podía traducirse como preludio de amorios entre Gustavo y una encantadora joven, la señorita Alicia Faerbach.

Ésta era hija única de un opulento banquero de Francfort, domiciliado en Bruselas. Los amigos habían presentado á Gustavo á la familia, y los jóvenes, desde luego, se manifestaban mutuas simpatías. Gustavo era muy del agrado de los padres, y todo hacía esperar que aquello concluiría por un matrimonio. Pero desde su vuelta de Magdeburgo, el profesor manifestaba una particular aversión hacia aquella casa, donde tan cariñosamente fueron recibidos tanto él como su madre, la que no alcanzaba á explicarse la razón de la conducta de su hijo.

La buena señora estaba inconsolable, porque la bella Alicia, que á sus méritos personales unía los de su excelente educación y riqueza, era precisamente la mujer que había soñado la madre para su hijo; pero éste se empeñaba en destruir la felicidad de su vida, y ¿por quién?

Á la señora Bruchstaed, mientras se hacía estas reflexiones, no le era posible permanecer sentada

en el lecho, y se paseaba á largos pasos por la habitación, sin darse siquiera cuenta de que tropezaba á cada paso con los muebles.

Concluyó por tomar una determinación. Interpelar directamente á su hijo: no se sentía ni con valor ni con fuerzas para esto, y bajo ningún concepto quería entablar una discusión. Sin embargo, todavía tenía motivos para esperar que el profesor no dejaría de prestar atención á su madre. Después de todo, era posible que estuviese equivocada. Porque si reclamaba una explicación, si le decía que se había rebajado, que había sacrificado su madre á una aventurera, entonces todo habría concluido: no quería de ningún modo llegar á semejante extremo; en cambio, podía, de un modo indirecto, asegurar la situación.

Para llevar esto á término encontró una buena coyuntura.

La señora Faerbach había ido con su hija á invitarla, hacía tres semanas, para que fueran á celebrar en su casa la fiesta de Noél, y se había quejado de lo poco frecuentes que eran las visitas de Gustavo desde hacía dos meses. En la comida, la señora Bruchstaedt, que hasta entonces había procurado contenerse, habló á su hijo de la visita de la señora Faerbach y de su invitación.

—Supongo que no habrás aceptado—se apresuró á contestar Gustavo.

—Yo no podía aceptar sin contar contigo. Pero espero que iremos.

—No, querida madre. La fiesta de Noél prefiero pasarla en casa, á solas contigo; no me gusta estar ese día entre personas extrañas.

—¡Extrañas! Nadie creería que Alicia resultara para ti una persona extraña.

—¿Qué quieres decir, madre mía?—exclamó Gustavo, en cuyo semblante se dejó ver el desagrado que aquello le producía.

—Tu pregunta me sorprende; hijo mío, tú sabes perfectamente el por qué la señora Digné, la esposa del profesor, nos ha presentado en casa de los Faerbach, y que esta familia tiene formados, respecto de ti, determinados propósitos. Alicia es rica, guapa, y es una joven bien educada; seguramente que no encontrarás otra igual.

—No hablemos de eso, madre mía, te lo suplico. Creo que mi conducta no ha podido dar á nadie pábulo para pensar en determinados proyectos, y precisamente esa es la causa de que piense no volver á poner los pies en esa casa.

—Pero ¿por qué, Gustavo? No lo comprendo. ¡Rehusas, de ese modo, á tu dicha!

—Madre, tú no entiendes esas cosas—contestó el profesor esforzándose por reír, á fin de tranquilizar á la pobre anciana—; la señorita Faerbach es una joven encantadora, pero yo no la amo.

—¡Ah! déjate de tonterías—dijo la señora Bruchstaedt con brusquedad—. Ya no eres un niño, y debías hablar como un hombre formal. Alicia es un partido excelente.

—Yo te suplico, madre, dejemos esa cuestión—añadió el profesor con violencia—. Yo no me vendo. Te tengo demostrado que sé ganar lo bastante para que podamos vivir los dos, sin necesidad de casarme con una mujer rica; por lo tanto, déjame en paz.

La señora Bruchstaedt no necesitaba saber más; dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Gustavo, para tranquilizarla, le besó las manos y las mejillas. La pobre anciana procuró dominarse algunos momentos, pero no pudo resistir más, y dejando el tenedor sobre la mesa, salió del comedor sollozando.

Gustavo se quedó con el corazón oprimido; le causaba profundo sentimiento dar semejante disgusto á su madre, pero no se sentía con fuerzas para sacrificarle su libertad de toda la vida. Volver al lado de Alicia con una carta apasionada de Paula en el bolsillo y con una respuesta no menos apasionada á aquella carta, le parecía que era cometer una acción innoble con una joven que no era digna de que se observara con ella semejante conducta. La señorita Faerbach no le era, ni con mucho, indiferente, y el profesor hubiera, en efecto, pedido su mano, de no haber ocurrido aquella inesperada aventura con Paula.

Ésta había prometido despedir á Kornemann, pero por lo visto no había realizado su propósito. El profesor nada había prometido, pero no le parecía propio de un hombre honrado ni de un ca-

ballero continuar sus relaciones con una joven honrada mientras sostenía correspondencia amorosa con Paula.

Desde la entrevista de Colonia, estas cartas eran mucho más entusiastas que antes, porque las cuestiones que se trataban en ellas carecían de verdadero interés; pero después de las treinta y seis horas que habían pasado juntos, no sucedía lo mismo. Paula parecía encantada del profesor y de la voluptuosidad que había disfrutado á su lado. «He comenzado una vida nueva—le escribía—en la mañana del viernes en la estación de Colonia; todo lo anterior ha desaparecido; hasta ahora tenía temor al porvenir, hasta el punto que no quería pensar en él. Cuando me preguntaba: ¿Cómo concluirá esto? no sabía qué contestarme, y se me oprimía el corazón. El 24 de Marzo me parecía estar envuelta en una nube de inquietud; sin embargo, todo ha cambiado; ahora estoy tranquila y soy dichosa. Ahora estoy satisfecha, eres mío y lo seguirás siendo. El 24 de Marzo amaneció para mí un verdadero día de primavera.»

Gustavo, sin embargo, no participaba de igual tranquilidad y confianza. Se creía en el caso de advertirle, con precaución y en la forma más afectuosa y delicada, que no debía olvidar habían convenido en que hasta la fecha fijada no debían manifestar su decisión, y convenía decirle también que el corazón humano, particularmente el de la mujer, es incomprensible, y en cinco minutos

puede cambiar por completo. Que era peligroso arrullar por adelantado esperanzas, porque al despertar, fácilmente puede sufrirse una dolorosa desilusión.

Paula recibió aquella ducha de agua fría con más tranquilidad de lo que hubiera podido esperarse. «No experimentaré ninguna desilusión—contestó—, porque no abrigo ilusión alguna. Tu corazón no puede retroceder, y tu razón no ha dado ningún paso hacia mí; sea cual fuere la determinación que tomes dentro de tres meses y medio, no será un obstáculo para que entretanto viva dichosa. Te amo, y quiero que tú me ames, aunque sea sólo hasta la primavera. Lo que tú me das entretanto, nadie me lo daría, y yo me doy por satisfecha; no necesitas recordarme con tanta frecuencia nuestro convenio; no faltó á él al sentirme dichosa del presente. No me impide beber á grandes tragos en la copa mágica de tu amor; el contenido es muy dulce, ¿qué gusto tendrá el del matrimonio? eso es diferente; hasta la fecha convenida no procurarán tocarlo mis labios.»

Desde el momento en que se expresaba de este modo, la conciencia de Gustavo no encontraba nada que censurarle, y podía continuar bebiendo la ambrosía aquella con cuanta abundancia tuviera por conveniente. Pero Paula no se contentaba fácilmente, y en todas las cartas le preguntaba que cuándo iba á verla á Berlín. Durante las fiestas de Navidad no tenía ocupaciones y debía consagrarle

aquel tiempo. Era muy duro—le decía—no verse siquiera todos los meses, aunque únicamente pasaran justos unos instantes: Gustavo se resistía; no podía, durante la fiesta de Noël, dejar á su madre sola.

«Estoy, hablándote francamente, celosa de tu madre—le contestó Paula—. Tú debes, lógicamente, no amar á nadie más que á mi, pero por esta vez quiero perdonarte. No debes dudar al escoger entre tu madre y yo. Tu corazón decidirá si estás obligado á sacrificarle á tu madre, y yo seré la víctima, si resulto la sacrificada; así, pues, procura resolverte lo antes posible en uno ó en otro sentido. Yo soy buena, amado mío.»

«Sí, eres buena», le contestó Gustavo, y le pidió permiso para, si no podía hacerlo personalmente, poderle al menos enviar un regalo de Pascua. Desgraciadamente, el profesor no podía calcular lo que podía agrandar más á una joven, y le suplicaba le hiciera una indicación.

Paula no se hizo repetir la súplica; la indicación llegó, y por cierto bastante extensa.

Ni las niñas ni la señorita Wniter quedaron en el olvido. Para sí, Paula pidió una sortija de rubíes, que era su piedra favorita, pero con la advertencia que fuera una cosa seria y de buen gusto, para que resultara digna del uno y del otro.

El profesor se apresuró á realizar lo indicado. Se quedó algo sorprendido cuando el joyero le indicó el precio de una sortija de aquella clase, pero

no era cosa de aparecer como un tacaño. Por la primera vez en su vida contrajo deudas; porque pedir á su madre dinero para hacer aquellas compras, era de toda punto imposible. Le entregó su tarjeta al comerciante y le suplicó que no le enviara la cuenta hasta primeros de año.

En Enero, cuando cobró su paga, en vez de entregar á su madre, como tenía de costumbre, la suma entera, sólo le dió una parte, y como la buena señora lo mirase con extrañeza, le contestó con fingida indiferencia:

—Es para los gastos de la casa, madre mía.

—¿Y lo demás?

—Queda guardado.

—¡Ah!—exclamó la madre mirándole fijamente.

El profesor volvió la cabeza y se puso á ordenar los papeles que había sobre su mesa de despacho.

—Es tu dinero, y no tienes por qué darme cuenta en qué lo inviertes—dijo la señora Bruchstaedt.

Después de una larga pausa, y viendo que su hijo no le contestaba, salió paso tras paso de la habitación.

Gustavo lanzó un profundo suspiro y sintió que se le dilataba el pecho.

Experimentó una especie de tranquilidad como si le hubieran quitado de encima un enorme peso. Aquello no tenía más remedio que suceder.

Hasta para la tranquilidad de su madre, era conveniente que ésta no supiera lo que gastaba á

fin de que no tuviera necesidad de mortificarse tratando de averiguar en qué invertía el dinero. Los regalos habían llegado á su término y fueron tan de gusto, que Paula perdonó al profesor el que no la hubiera visitado durante la fiesta de Noél. Pero las fiestas habían pasado y ya no quedaba la disculpa de consagrarse á su madre; si amaba á Paula, no la dejaría languidecer tanto tiempo. Así se lo escribía. Á la menor indicación, por su parte, la joven iría á Colonia, con lo que le demostraría que estaba dispuesta á hacer por él toda clase de sacrificios; pero, á juzgar por las pruebas, él no se encontraba dispuesto á realizar ninguno por ella. Tal era el amor que ocupaba continuamente su atención hacía ya tiempo. Todos los días se repetían las quejas, las censuras y las súplicas.

En los sentimientos de Gustavo, reinaba un profundo desacuerdo. Estaba resuelto á no ir á Berlín. Por una parte á causa de su madre, á quien debían inquietarla, seguramente, aquellas misteriosas ausencias, y por otra porque no quería someterse á los despóticos caprichos de su querida. Necesitaba demostrarle que no era posible aquello de hacer de todos los hombres lo que fuera su antojo, y que no bastaba una ligera indicación, por su parte, para que fuera ciegamente obedecida. Pero á continuación se preguntaba: ¿Es esta la ocasión para mostrarse fuerte? ¿Es un acto heroico y glorioso el darle un disgusto? Paula lo amaba, sólo aspiraba á estar á su lado y cifraba toda su felicidad en po-

seerlo, aunque sólo fuera por algunas horas. Todo su sueño de amor no duraría, después de todo, mucho tiempo. El 24 de Marzo concluiría todo, eso no había que dudarlo. Hasta entonces, por lo menos, estaba obligado á guardar todas las condescendencias que permitieran las circunstancias. Paula le había repetido que no contaba con su madre para el porvenir, y que le bastaba con el presente. ¿No era un deber de conciencia contribuir á que aquel presente, de tan corta duración, le resultara lo más agradable posible? Este era un sentimiento propio de un alma noble; el poder dar á un sér humano una dicha completa. Y Gustavo se dejaba llevar involuntariamente de esta idea, y á lo mejor forjaba su imaginación una escena, en la que aparecía la pobre Paula, presa de sus dudas y sufrimientos, á la que, estrechándola entre sus brazos, le decía:

—Me he decidido; te consagro mi vida; serás mía para siempre.

Á estas palabras, Paula lanzaba un grito de gozo y caía á sus pies, palpitando de emoción. ¡Qué hermoso cuadro!

Pero seguidamente, rechazaba semejante idea.

—¡No, no! ¡sería una locura!—y añadía:—¿Cármame yo? ¡Jamás!

Pero ella lo amaba, y él debía mostrarse reconocido á su amor. Y así fué como se decidió ir á Berlín: por debilidad, por generosidad caballeresca, por persuadirse que hasta cumplía con ello un deber.

Su resistencia había durado cerca de un mes.

Entretanto, todo estaba dispuesto para el viaje, para el que se había fijado la fecha de fines de Enero. No podía permanecer en Berlín más de veinticuatro horas. Con sólo el viaje de ida y vuelta, tenía que estar ausente tres días. Paula le buscaría para una noche una habitación próxima á su casa. La joven iría á esperarlo á la estación y lo acompañaría hasta allí, á fin de pasar el día juntos. Daría orden de que no podía recibir, nadie la molestaría, nadie la vería, y la encontraría tal como acostumbraba á estar en su casa de ordinario.

Únicamente el día en que debía salir de Bruselas en el tren de las once y diez de la noche, el profesor dijo á su madre, durante la comida, afectando un tono indiferente, y como si le dijera una cosa que carecía en absoluto de importancia:

—¿Qué tenía que decirte? ¡Ah! ¿sabes, querida madre, que esta noche salgo de viaje? Estaré ausente sólo tres días.

La señora de Bruchstaedt se puso pálida, y preguntó con voz conmovida:

—¿Y adónde vas?

Gustavo, tras algunos momentos de duda, contestó:

—Á Berlín.

—¡Ah! Y... ¿qué tienes que hacer en Berlín?

—Debo ir y volver—replicó evasivamente, y añadió:—Me han llamado.

La señora Bruchstaedt no pudo contenerse. Toda la amargura acumulada durante cuatro meses estalló de una vez.

—Gustavo—exclamó—, tú vas á buscar á esa miserable mujer que te tiene trastornado. Gustavo, no te rebajes y ten compasión de tu anciana madre.

—¡Madre! ¿qué estás diciendo?

—¿Qué quieres que diga? ¿Me crees ciega y sorda? ¿Crees que no veo lo que pasa á mi alrededor? Tú no has querido decirme nada, pero yo he procurado informarme y lo sé todo. Estás perdido. Estás comprometido con una intriganta, con una miserable, á quien su marido ha despreciado, y tú quieres recogerla. Tú vas á cargar con esas chicas, que sabe Dios quién será su padre. ¡Gustavo! ¡Gustavo! ¡para eso te he criado! ¡para ver esto he llegado á mis años!

Y la infeliz mujer se retorcia las manos y se fundía en lágrimas.

Cada palabra de su madre llegaba al corazón del profesor como la punta de un puñal. Se disponía á rechazar con energía los insultos dirigidos á Paula, pero tratábase de su madre, y era imposible. Se levantó con un movimiento convulsivo, se puso delante de su madre, y le dijo con voz ronca:

—Madre, estás cometiendo un pecado.

—¿Y tú? ¿y tú?—gritó á su vez la anciana.

—Cuanto te han dicho de esa mujer es una calumnia; nada de eso es cierto.

—¿Qué no es cierto?

—En primer lugar, que yo esté comprometido con esa mujer.

—Pues ella lo dice, y se jacta de ello.

—No lo creo.

—Entonces la señora Baerwald miente.

Gustavo quedó sorprendido; no esperaba oír pronunciar el nombre de su amiga.

—Todo es cierto desgraciadamente, hijo mío, todo es cierto. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y que llegue yo á presenciar cosas semejantes! ¡Hijo mío, vuelve en ti; sé de nuevo mi Gustavo; no tengo en el mundo á nadie más que á ti; no abandones á tu madre por una mujer mala!

—¡Madre!—gritó el profesor con voz ronca y amenazador acento.

La señora Bruchstaedt no podía ya dominarse; había vuelto á ser la mujer del pueblo, con todos sus primitivos arranques, y se expresaba en un lenguaje destituido de toda forma social.

—¡Por una mujer mala!—gritó con más fuerza, golpeando con fuerza el suelo con el pie—; ¡por una miserable intrigante; porque es una mujer mala, y nada más que eso! ¿No sabes que fué á Magdeburgo con el único propósito de cogerte en sus redes, y tú te has dejado coger como un inocente pajarrillo?

El profesor no quería seguir escuchando aquello por más tiempo, y se dispuso á salir de la habitación; pero su madre se arrojó á sus pies, se abrazó á sus rodillas, y levantó hacia él su cabeza

cubierta de canas y su pobre rostro lleno de lágrimas.

—¡Gustavo!—le dijo con voz entrecortada por los sollozos—; no me causes esa pena: si te casas, me marcharé de esta casa; no quiero ver á esa mujer; prefiero morir entre personas.

La desesperación de su madre le resultaba intolerable. Sintió que se le oprimía el corazón, y levantando á la anciana que continuaba sollozando, la besó en la cabeza y las mejillas y le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Madre, no te pongas de ese modo; esto te hace daño y á mí también. ¿Quién te dice que pienso casarme? Nunca he pensado en semejante cosa.

La señora Bruchstaedt se separó de los brazos de su hijo, y le contestó sin dejar de sollozar:

—En ese caso, ¿por qué no dejas á esa mujer tranquila? ¿Á qué vienen entonces esas cartas diarias, y las sumas enormes que estás gastando por ella? ¿á qué esos viajes?

—Madre, tú no entiendes esas cosas.

—Si se tratara de una cosa honrada, honesta, y yo no la entendiera, tú me la explicarías; pero cuando no lo haces, es porque se trata de algo que no debe ser muy honrado, por lo menos. Ofreceme, Gustavo, que no vas á Berlín.

El profesor se volvió sin contestar.

—Gustavo, dime que no irás—repitió acercándose á él.

—Es indispensable—replicó el profesor.

Con el corazón oprimido se apartó de su hijo y volvió á arrojarle al suelo en tal forma, que su cabeza cana tocaba en él materialmente. Gustavo levantó á la anciana, que se ahogaba en sollozos, y le dijo con voz ahogada, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas:

—Vamos, madre, eso que estás haciendo no es justo ni razonable; escúchame unos momentos. Ó tú piensas que yo no amo á esa mujer, y en ese caso no puedes temer que me case con ella, y por lo tanto tu indignación no está justificada, ó crees que la quiero lo bastante para casarme con ella, á despecho de todo lo que pueda decirse contra un casamiento de indole análoga, y en ese caso debes mirarme como á un enfermo y procurar por todos los medios curarme, en vez de tratarme del modo que lo haces.

—Yo debo salvarte.

—Tú no empleas los medios adecuados, madre. La anciana lloraba en silencio.

—Está tranquila—continuó Gustavo—. Yo no amo á nadie más que á ti; puedes estar plenamente convencida.

—¿Luego no irás?

—Madre, te lo repito, ten confianza; este viaje no significa nada.

—Tú estás perdido, Gustavo—exclamó la anciana sollozando con más fuerza—. Tú me dices palabras agradables, pero todas esas cosas no son más que otras tantas mentiras. No tengo

nada de niña; Dios me ha castigado á última hora; ignoro qué pecado habré cometido, para que lo haga de una manera tan dura. ¡Oh, Dios mío! ¡oh, Dios mío!

Gustavo no quiso oír más, se marchó. Esta vez su madre lo dejó ir. El profesor maldecía en el fondo de su alma el viaje y toda aquella aventura, pero se creía en el caso de no poder retroceder en aquellos momentos. Paula no merecía, seguramente, los ultrajes que había proferido contra ella su madre, y de todo aquello, sólo él era el verdadero culpable; así, que estaba obligado á darle una satisfacción, que en aquellas circunstancias no podía ser otra que su viaje á Berlín.

Abandonó la casa sin atreverse á mirar á su madre, y durante toda la noche, pasada en el ferrocarril, no consiguió dormir un instante, ni pudo apartar de su imaginación la escena ocurrida con su madre antes de su salida.

¡Paula una mujerzuela! ¡Horror! ¡horror! Cuando más, sería una desgraciada. ¡Una intriganta! ¡Qué terrible injusticia! Era posible que, en realidad, hubiera ido á Magdeburgo con intención de encontrar marido, lo cual, después de todo, no era cosa que tenía nada de extraño. Su conducta para con él no había sido, ni con mucho, intrigante; porque cuando se tienen con un hombre semejantes ideas, no se comienza por entregarse á él á las primeras de cambio, como suele decirse; esto era una torpeza, que no hubiera cometido nunca una

mujer tan inteligente y de una fuerza de voluntad como Paula. Si se había echado en sus brazos era porque lo amaba.

Su madre no había obrado bien al injuriarla de aquella forma, porque si en realidad creía que él estaba enamorado de Paula, no debía mortificarlo del modo que lo hacía, profiriendo improprios semejantes contra ella. No era propio del amor maternal herir de tal modo los sentimientos amorosos de su hijo; y continuó dando vueltas en su imaginación á esta idea, hasta que concluyó por decirse que hacía perfectamente al obrar de aquella manera.

En Berlín, Paula, con el rostro cubierto con un espeso velo, lo esperaba en la estación. Se limitó á estrecharle la mano y se apresuró á subir á su carruaje. No bien se puso éste en movimiento, se levantó el velo y buscó con avidez los labios de Gustavo, á los que unió los suyos, hasta que le faltó materialmente la respiración.

—¡Qué momentos de angustia he pasado mientras esperaba la llegada del tren, porque nada más fácil que haberme encontrado con alguno de mis numerosos conocimientos! Afortunadamente, ya podemos estar tranquilos.

Se quitó el sombrero y lo puso sin la menor precaución en un lado del asiento, á fin de poderse abrazar, sin obstáculo, estrechamente á Gustavo.

Cuando se le hubo aplacado un poco la sed de

las caricias, la joven se quitó el guante de la mano izquierda y dijo presentándole el dedo anular al profesor:

—¿La conoces, querido mío?

Y le enseñó la sortija de rubíes.

Gustavo le besó el dedo, sonriendo.

Paula se llevó á sus labios el sitio donde el profesor había puesto los suyos.

—¿No es verdad—le dijo—que no hace falta que esto sea una alianza?

Gustavo hizo como si no hubiera oído.

—¡Qué niña soy!—añadió sonriendo—. Es verdad; tú no entiendes de esas cosas.

Y después de algunos instantes de silencio, añadió:

—Pero debías haberle hecho grabar alguna inscripción, por lo menos, con tu nombre y una fecha.

—¿Qué fecha?

—Tienes razón que te sobra; hoy estoy tonta por completo; ¿qué fecha ibas á mandar grabar, cuando no la sabemos todavía?

Paula acompañó á Gustavo á casa de la mujer donde le había tomado la habitación, diciendo que era su hermano; esperó en la sala mientras el profesor se quitaba el polvo del viaje, y seguidamente salvaron á pie los pocos pasos que los separaban de su casa.

Apenas si tocaron la campanilla, cuando se abrió la puerta y apareció una linda joven que

besó á Paula é hizo á Gustavo, al mismo tiempo que le dirigia una graciosa sonrisa, un profundo saludo.

—La señorita Wíter—dijo Paula presentándose, y añadió:—Nuestro ángel de la guarda.

—¡Oh, Loreley!—añadió la joven sonriendo y estrechando afectuosamente la mano de Paula.

Ante aquella mirada escrutadora con que lo examinaba la joven, Gustavo no sintió ningún embarazo. La actitud de la señorita Wíter era la de una antigua amiga que encontraba la cosa más natural del mundo todo lo que estaba viendo, y manifestaba en todas sus actitudes la satisfacción que experimentaba en ser la confidente de un secreto y la protectora de ambos amantes.

Paula dijo á su amante mientras le quitaba el abrigo:

—He dado permiso á mi criada hasta mañana á la noche, y la señorita Wíter tiene que ir á acostar á las niñas. No tenemos, por lo tanto, quien nos interrumpa.

La mesa estaba puesta.

—Hay que contentarse, querido mío—dijo Paula indicándole un sitio frente á ella.—Sólo tenemos té, flambres, unos huevos y un poco de dulce. He creído que habia de gustarte el que no te tratara con cumplimientos.

—Gracias, Paula—contestó Gustavo estrechándole la mano.

En la mesa donde se le debía servir el té, le

esperaba una sorpresa al profesor. Se habia puesto en letras de oro la siguiente inscripción: «Gustavo Bruchstaedt», y en el otro lado «bien venido».

—¡Oh, Paula! ¡qué ideal! ¿cuando has hecho esto?

Paula, que habia logrado reponerse de la emoción, le dijo:

—He mandado hacer la taza cuando tuve seguridad de que venías, y espero la admirarás como el recuerdo de la primera vez que has entrado en la casa de Paula.

Una hora después, la señorita Wíter, que hasta entonces los habia acompañado, se retiró en silencio y los dejó solos. Era más de media noche cuando Paula dió á Gustavo la llave de la casa y lo despidió, pero no sin que el profesor le ofreciera volver á la mañana siguiente á las siete.

Esta vez le abrió la puerta la señorita Wíter, y le estrechó cordialmente la mano en la antesala.

—Ya conoce usted la entrada, señor profesor—le dijo sonriendo de una manera especial.

Y lo dejó que llegara adonde se encontraba Paula, que estaba todavía en la cama, y que, al verlo, le tendió los brazos.

Durante el almuerzo, dos horas próximamente después, Gustavo tuvo ocasión de conocer á las hijas de Paula, que entraron para saludar á su madre y al nuevo amigo y marcharse después con la señorita Wíter adonde tenían la costumbre de pasar todos los domingos. Miraron á Gustavo con

curiosidad, al mismo tiempo que con cierta timidez; pero no tardaron en presentarse menos encogidas cuando las animó su madre y el profesor les hizo unas cuantas caricias.

Cuando se marcharon las niñas, Gustavo tuvo ocasión de examinar la casa. El comedor parecía servir al mismo tiempo de salón, de cuarto de trabajo y de dormitorio. Estas habitaciones daban á la calle; Paula no le enseñó el cuarto de la señorita Wniter y las niñas. En todo aquello se respiraba una atmósfera de «bohemia», lo que le causaba una impresión bastante desagradable. En los muebles se dejaba ver algo así como de indigencia, al mismo tiempo que algo también de pretensiones; butacas y sofás de veludillo, de un encarnado dudoso, y que á primera vista denunciaban su estado de deterioro; mesitas de marquetería, cuyas tapas estaban cubiertas de rayas y manchas.

Gustavo no había nacido en la opulencia, ni había sido mecido en las rodillas de ninguna duquesa. En su infancia había conocido la miseria y la necesidad en su juventud; pero, acostumbrado á una modesta vida burguesa, vivía al mismo tiempo con un orden severo, orgulloso de confesar su honrada laboriosidad, y no había nada que le molestara tanto como el despilfarro y el desorden.

Con su costumbre de rápida observación, se fijó en otra cosa que llamó todavía más su atención. En la pared estaba colgado un retrato de Paula, de tamaño natural, en traje de baile y muy

escotado. Este retrato estaba firmado por Kornemann. Sobre una cómoda había colocadas, en revuelta confusión, muchas fotografías, la mayor parte de ellas con expresivas dedicatorias, y entre las cuales se encontraba la de la dueña de la casa, que entre todas llamaba particularmente la atención. En la chimenea había algunas cenizas y una copa japonesa, con cigarrillos á medio quemar. ¿Los hombres que concurrían á aquella casa, fumaban en ella? ¿Fumaría ella? De estas dos preguntas, no podía decirse el profesor cuál le resultaba más desagradable.

Durante aquel domingo debía permanecer en la casa. No podía salir á la calle, ni presentarse en el barrio, donde era muy conocido. Los Baerwald vivían á quinientos pasos de casa Paula; cuando se acordaba de que estaba jugando con sus amigos al escondite, sentía oprimirse el corazón. Pero Paula tenía buen cuidado de no dejarlo entregar á tales ni á otra clase de pensamientos; estaba siempre á su alrededor ó sobre sus rodillas, y el tiempo que no lo distraía con sus caricias, lo hacía con su habilidad. Evocaba recuerdos, le enseñaba retratos y le recitaba versos. Entre los retratos, le indicó el de un joven bastante guapo, y le dijo:

—¿Ves este joven, Gustavo? Pues se levantó la tapa de los sesos hace cinco días.

—¿Y por qué motivo?

—Se ignora todavía; estaba siempre alegre y de buen humor, de tal manera, que todo el mundo lo

consideraba dichoso; á fin de encontrar una justificación al suicidio, dicen las gentes que fué por un amor contrariado, por mí, nada menos.

Gustavo la miró con sorpresa.

—Lo cual no hay que decir que es una tontería —continuó Paula—; me hacía la corte, como me la hacen todos, pero el amor no me lo había hecho nunca. Al tener noticia de que se había suicidado, como él venía todos los días á casa, me creí obligada á asistir á sus funerales; fui completamente vestida de negro, con un largo velo del mismo color, naturalmente. Cuando al llegar al cementerio me bajé del carruaje y avancé hasta llegar á la fosa, los asistentes al fúnebre acto se estremecieron, y todos se hacían á uno y otro lado, para dejarme libre el paso. Yo marchaba á paso lento en medio de ellos, con los ojos muy abiertos y las miradas fijas en el horizonte. Todo aquello, á decir verdad, me tenía sin cuidado, pero la escena era realmente patética: todos los concurrentes se sintieron impresionados al presentarme yo; el rumor de que se había suicidado por mí se convirtió en verdadera creencia en el ánimo de todos, y hasta yo misma llegué á creerlo de tal manera, que si no se apresuran á sujetarme, concluyo por caer dentro de la fosa tan larga cual soy. Varios caballeros, con la emoción pintada en el semblante, me dijeron:

—Venid, señora, usted no puede continuar aquí. Me dejé llevar al carruaje como quien se siente sin voluntad propia.

—¿Qué te parece este episodio, querido mío?

—Que tienes verdadero anhelo por ser siempre objeto de la atención pública.

—Sí; muchas veces me he dicho que he hecho mal en no dedicarme al teatro, porque hubiera sido una gran actriz.

Aquello causó profunda impresión en el ánimo de Gustavo, pues no pudo menos de extrañarse de la tranquilidad con que refería Paula semejante ridiculez, y concluyó por decirse que el amor que le manifestaba sentir por él era muy posible que no fuera otra cosa que una extravagancia por el estilo.

Paula hablaba con frecuencia del 24 de Marzo y lo designaba como el día del término señalado para formalizar aquellas relaciones: pero Gustavo, aunque del modo más afectuoso, le objetaba siempre:

—No podemos todavía saber absolutamente nada respecto al porvenir; el 24 de Marzo decidiremos.

—Yo ya lo he decidido—dijo la joven lanzando un suspiro de satisfacción y besando á su amante.

—Yo no—contestó Gustavo.

—¡Eh! ¡eh!—dijo en tono de broma—; yo creo, señor profesor, que sacudes la cadena y recobras tu libertad.

—Eso no necesito hacerlo—contestó Bruchstaedt empleando por su parte un tono serio—, porque no la he perdido.

—¿Lo crees así?

—Es lo convenido.

—Á letra muerta, espíritu vivo; en la forma no estarás comprometido, pero en el fondo no te queda la menor duda; no te subleves, Gustavo mío; comienza á ir pensando el modo como hemos de vivir cuando lo hagamos juntos.

—¿Tú no has contado con un obstáculo inmenso, Paula?

—¿Cuál?

—Mi madre.

—¿Y por qué ha de ser un obstáculo?

—Es una señora de edad, que tiene sus cálculos. Su ideal es una joven, que resulta precisamente el reverso de la medalla tuya. Mi madre no podrá entenderse jamás contigo.

—Esa es cuestión mía; en ocho horas conquistaré á la buena señora; sería la primera vez que no consiguiera lo que me había propuesto.

—Mi madre no es un hombre.

—Las mujeres no se resisten más que los hombres.

—No participo de tu confianza.

Paula se sintió herida en su amor propio.

—¡Pues bien! ¡sea!—exclamó—. Tú eres mayor de edad y no necesitas su consentimiento.

—Alto, Paula, alto. Tú no sabes lo que mi madre es para mí; se lo debo todo. Ha trabajado por mí, me ha sostenido y me ha sacrificado su vida entera. No podría abandonarla jamás, y lo menos que debo hacer es que los últimos días de su vida los

pase tranquila y satisfecha; antes que darle un disgusto, preferiría arrancarme cien veces el corazón del pecho.

—No te sulfures de ese modo—dijo con dulzura Paula, al verlo de tal modo emocionado—. Tú sueñas con cosas terribles que no llegarán á ocurrir nunca; vosotros, los hombres, sois tontos y tenaces; no sabéis abrir la nuez sino rompiéndola; es vuestra divisa. Nosotras, las mujeres, seguimos otros procedimientos; sabemos evitar los obstáculos sin golpes, ruidos ni violencias. Ten confianza en tu Paula, Gustavo mío, y no te apures.

El tiempo no se pasó tan pronto en Berlín como en Colonia, pero un día de invierno es corto, y el del regreso, á pesar de todo, no tardó en llegar. Paula lo acompañó á la estación y quería estarse á su lado hasta la salida del tren; pero el profesor se ponía nervioso al verla mirar constantemente hacia todos lados, por si había alguien que pudiera conocerla, y concluyó por suplicarle que se retirara. Después de algunos momentos de indecisión, resolvió hacerlo, y se separó de él tras un largo apretón de manos.

—Adiós—le dijo—, y piensa siempre en que te amo. La primera vez que vengas me traerás una noticia que me llenará de alegría.